

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

53

GERMAN ARCINIEGAS
**NUESTRA AMERICA
ES UN ENSAYO**



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

GERMAN ARCINIEGAS
**NUESTRA AMERICA
ES UN ENSAYO**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

NUESTRA AMÉRICA ES UN ENSAYO

Germán Arciniegas

¿Por qué la predilección por el ensayo —como género literario— en nuestra América? Ensayos se han escrito entre nosotros desde los primeros encuentros del blanco con el indio, en pleno siglo xvi, unos cuantos años antes de que naciera Montaigne. Sorprende, a primera vista, esta anticipación, cuando hay otros géneros literarios que sólo aparecen en América tardíamente. La novela comienza con Fernández de Lizardi entre 1816 y 1830, doscientos años después de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, y pasados tres siglos de que Bartolomé de las Casas escribiera su famoso ensayo en defensa de los indios. Lo mismo ocurre con la biografía. Durante la conquista surgieron algunas de las figuras más sobresalientes que haya conocido en su historia el pueblo español: Balboa, Cortés, los Pizarros, Jiménez de Quesada, Valdivia, Lope de Aguirre. . . Y no se escribió una sola biografía. Fue uno de esos casos, que luego se repiten en nuestros procesos literarios, en que el paisaje, la selva, la aventura multitudinaria se devora al personaje. No pocos de los famosos cronistas habían leído las *Vidas* de Plutarco, pero antes que concentrarse en un solo hombre preferían hacer la historia de la conquista de la Nueva España, o la de todas las Indias Occidentales. Ercilla, al componer el primer poema de la épica española, puso a un lado al héroe singular y tomó la guerra contra los araucanos como materia colectiva de sus octavas reales. Pero si la exploración como aventura y la guerra como historia tentaban al escritor, no le tentaba menos el afrontar los problemas intelectuales que planteaban los descubrimientos. Vespucci y Colón ya discuten los temas de la geografía tradicional y algunos de los problemas más apasionantes del hombre y los climas, y escriben verdaderos ensayos que producen polémicas en Europa.

La razón de esta singularidad es obvia. América surge en el mundo, con su geografía y sus hombres, como un problema. Es una novedad insospechada que rompe con las ideas tradicionales. América es ya, en sí, un problema, un ensayo de nuevo mundo, algo que tienta, provoca, desafía a la inteligencia. La circunstancia de que brote de repente un con-

tinente inédito entre dos océanos, uno de ellos aún inexplorado y el otro desconocido, son hechos lo bastante rotundos como para conmover academias y gimnasios, y sacudir a la inteligencia occidental. De todos los personajes que han entrado a la escena en el teatro de las ideas universales, ninguno tan inesperado ni tan extraño como América. La sola expresión consagrada por Vespucci de “Nuevo Mundo”, indica lo que tenía que producirse en Europa con la aparición de América. No debe sorprendernos que se entablen entonces debates famosísimos, lo mismo de alcance religioso y espiritual que de orden práctico, sobre si los indios eran o no animales racionales, si tenían o no alma, si podían o no recibir los sacramentos, si eran semovientes que pudieran venderse como bestias. Todavía en nuestro siglo xx hay quienes tienen dudas sobre estos puntos y se habla de los “indios bestias”. Hasta no hace mucho tiempo —¿se seguirá haciendo todavía?— se vendían en algunos lugares de América haciendas “conteniendo tantos indios”...

Colón discutía el problema del paraíso terrenal y su ubicación en las tierras que tenía a la vista, sacando a debate textos de la Biblia, de los Santos Padres, de los geógrafos más antiguos. Vespucci provocaba un alegato con los humanistas de Florencia acerca del color de los hombres en relación con los climas, y la posibilidad de que las tierras por debajo de la línea equinoccial fueran habitadas por seres humanos. Fueron estos los primeros ensayos de nuestra literatura. El ensayo, que es la palestra natural para que se discutan estas cosas, con todo lo que hay en este género de incitante, de breve, de audaz, de polémico, de paradójico, de problemático, de avizor, resultó desde el primer día algo que parecía dispuesto sobre medidas para que nosotros nos expresáramos. O para que los europeos se expresaran sobre nosotros. Pero un género más hecho para nosotros que para los extraños, porque la experiencia de América era no poco incitante para quienes la vivían. Basta considerar el problema del mayor cruzamiento de razas que registra la historia después de la aparición de los bárbaros en Europa. Llegan los conquistadores, sin mujeres, como ejército de varones pronto al atropello sexual, y en una generación queda coloreado de mestizos el hemisferio occidental. Son mestizos en donde flota en cada uno una sombra que viene del encuentro de un alma blanca y una de cobre, de una de cristiano y otra de azteca o de inca, y bajo esta sombra se dilata el horizonte para este extraño nuevo ser humano que tiene por delante las más vastas dimensiones de asombro y de duda. Para nosotros, en el siglo xvi, el inca Garcilaso de la Ve-

ga, en quien el mestizaje ilustrado alcanza proyecciones casi fabulosas, es un hombre-ensayo. Es el ensayo sobre el mestizo convertido en un adelantado de las letras. Es un hombre nuevo puesto en la balanza, donde la aguja parece infiel, temblando por valorar los pesos que llevan los dos platillos.

El ensayo entre nosotros no es un divertimento literario, sino una reflexión obligada frente a los problemas que cada época nos impone. Esos problemas nos desafían en términos más vivos que a ningún otro pueblo del mundo. No hemos tenido tiempo para dedicarnos al ejercicio de las guerras, ejercicio que tan exclusivo parece de la historia europea. Esto resulta paradójico en Europa, donde se hace demasiada literatura en torno a las revoluciones de México y Sudamérica. Quizás ahí esté la diferencia. América ha sido, en la parte nuestra, un continente de revoluciones y no de guerras. Hemos tenido treguas de paz que resultan increíbles cuando se hace la comparación con otras regiones del mundo. Tres siglos sin una guerra, ni siquiera una revolución, como tuvimos en la colonia, son tres siglos que no concebiría jamás un europeo. Aquí donde las guerras sirven para marcar la grandeza en los conductores de pueblos —lo dicen las estatuas—, podrían tratarnos con el desprecio con que suelen ser vistos los hombres que no pelean, y no con el fastidio que producen los que buscan ruidos. Pero lo más extraordinario de nuestro caso está en que el día en que tuvimos que presentar línea de combate para enfrentar nuestros hombres desarmados en luchas contra los ejércitos de Fernando VII, nunca pensamos en una guerra, sino en una revolución. Luego, en las historias, se ha hablado de la guerra o las guerras de independencia. Es un error: si bien se miran los documentos contemporáneos, se verá que en ellos se habla de la revolución y no de la guerra de independencia. Y la revolución, naturalmente, era un producto de la agitación intelectual, de los ensayos que se escribieron como preludio de la emancipación. Primero se emancipó la mente, y luego se fue a la pelea. La independencia ya estaba hecha cuando en 1810 se proclamó la ruptura con España. Se había comenzado a pensar libremente, y ahí está la raíz de la separación. Cosa que tiene su aplicación aún en nuestros días. Que se piense con libertad, sin sujeción al dogma acuñado en otras tierras, y ya hay una emancipación del espíritu, que es la que cuenta.

Pocas veces se ha llegado tan al fondo de nuestros problemas, de la problemática de nuestras tierras, como en los años anteriores a Bolívar, a San Martín, a O'Higgins o a

Hidalgo, cuando quedamos cobijados por el gran movimiento de la Ilustración, en la segunda mitad del setecientos. Al llegar, después de la Ilustración, la fiebre romántica a nuestra América, los hombres de letras, los potenciales caudillos de las naciones americanas, tenían formada ya una conciencia política que no era el producto del alboroto y del bochinche, sino del estudio de las realidades económicas, de los sistemas de gobierno, de las ciencias naturales, de la geografía de las plantas y los hombres, cosas todas que de repente irrumpieron en las universidades americanas donde nunca antes se habían oído sino alegatos sobre Aristóteles o Santo Tomás. La antesala de cuarenta años en que se prepara la emancipación no se hace en los cuarteles, sino en las aulas. Nuestro choque con España no lo preparan los generales, sino los universitarios. Caldas, que escribe sobre la influencia de los climas en los seres organizados, en Colombia; Unanue que en Lima redacta sus *Observaciones sobre el clima de Lima*; fray Servando Teresa de Mier que en México especula sobre la época en que fue pintada la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe; y Espejo que en Quito escribe sobre las epidemias, están preparando, a través de ensayos científicos o filosóficos, un desprendimiento que acaba por encontrar un nombre: independencia. A América viajaron entonces los ensayistas europeos, los sabios franceses que fueron a medir en Quito la línea equinoccial, Bougainville el botánico, y sobre todo el gran Humboldt que le da a su obra sobre México el título de *Ensayo sobre la Nueva España*. En realidad, lo que él vio fue el Nuevo México. Y, viajando hacia las regiones equinociales, la nueva América. Se contagiaron los jesuitas del común forcejeo con la duda metódica. Uno de ellos, Gabriel Daniel, escribió un *Viaje al mundo de Descartes*. Pero las letras, además, pasaron de los religiosos a los laicos. De toda esa literatura ensayística académica al *Memorial de agravios*, de Camino Torres, en Bogotá; al *Memorial de los hacendados*, de Mariano Moreno, en Buenos Aires; a los discursos de Chilpancingo en México, no había sino muy poca distancia. Todos esos fueron ensayos un poco científicos, un poco religiosos, un poco políticos, y un mucho americanos. Por esta razón —que no hay que considerar como el afán de un profesor de literatura por clasificar géneros literarios— resulta indispensable volver sobre la vieja terminología y decir que la independencia de las antiguas colonias españolas fue el producto de la revolución —del ensayo, ¿por qué no decirlo?— y no originada por la guerra. La revolución fue un ensayo intelectual que acabó siendo ensayo armado, y que así como

nació de problemas estudiados por inteligencias atrevidas, culminó en las propias dudas republicanas que mantuvieron el tono de la revolución después de las victorias de San Martín, de Bolívar o de O'Higgins. Es aleccionador el recuerdo de los americanos que en el setecientos llevaron a España la revolución, como el peruano Olavide que se hermanó con Campomanes y Jovellanos en las reformas sociales y agrarias; de los que colaboraron en el suelo americano con los españoles, como los de la misión botánica que acompañaron al sabio Mutis; o el de los españoles que vieron con espanto los errores de la colonia, como Antonio Ulloa y Jorge Juan. De todo esto sale una literatura universal en que América llega a ser el problema que lo mismo se discute en San Petersburgo que en Upsala, Londres o París. Catalina la Grande retenía en su corte al venezolano Francisco Miranda, y recibía informaciones de Bogotá que le enviaba al gaditano Mutis; fue la primera vez que en la capital de las Rusias se vieron con interés las cosas de nuestra América: en aquel caso, las de Colombia. L'neon recogía en Upsala las noticias de la escuela botánica instalada en un pueblo del interior de la Nueva Granada llamado, por mal nombre, Mariquita. Pitt, en Londres, hablaba con Miranda, con Bello y con Bolívar. Humboldt, en París, con los que llegaban de México o de Venezuela. Los jesuitas expulsados, agujoneados por la misma persecución que despertó en ellos ímpetus ya dormidos, fueron en Italia una cátedra de americanismo que llegó a momentos líricos tan admirables como cuando Rafael Landívar cantó en versos latinos la naturaleza de Guatemala.

Estas reflexiones no son sino pocos ejemplos, entre muchos, de una América en donde todo es así. La aparición de nuevas tierras, nuevos hombres, nuevas religiones, nuevos tipos de familia, nuevos sistemas de costumbres, domina en los días del descubrimiento y de la conquista, hasta el extremo de que entonces nace la sociología con varios siglos de anticipación a Comte y a Spencer. El mestizaje es la medida de profundidad de la colonia. Más tarde, la democracia y la república, la revuelta contra los reyes de España, el proceso de la independencia tienen tanto de nuevo mundo como la primera aparición física del continente americano o la del hombre mitad blanco, mitad indio. Compartimos en el sur la aventura política de la república con los Estados Unidos, pero siguió siendo lo nuestro mucho más problemático, contradictorio, heterogéneo y difícil. Lo de la América del Norte fue una simple separación de colonias blancas en un mundo inglés donde se estaba incubando de tiempo atrás el go-

bierno propio y representativo. En cambio, nosotros . . .

Nosotros damos un salto mortal en el abismo de la grande aventura. No simplemente desafían nuestros republicanos de 1810 a una potencia tan imperial y bien parada como era la España heredera de los mapas que se levantaron en tiempos de los Carlos y los Felipes, sino que se rebelan contra la tradición occidental. La América española se iba a independizar sin tener familias nobles en quienes hacer pie o tomar estribo para montar aristocracias que pudieran reinar. La república era en 1810 un riesgo dudosísimo. Los Estados Unidos, de formación reciente, carecían de toda comprobación histórica. Allá, más que de un ensayo se trataba de un experimento científico, de una hipótesis de trabajo. En toda Europa no había nada seguro fuera de la monarquía. La Francia magistral, en cuyo propio corazón estamos haciendo hoy resonar la voz de nuestras dudas —y la de nuestras ingenuas esperanzas— no era sino la escuela de los fracasos. La república, que bajo el signo de la Bastilla en llamas había nacido con la sangre a los tobillos y a filo de guillotina, había pasado sucesivamente del gobierno de la convención y del terror, al directorio, al consulado y al imperio. Esta es la física verdad: nuestra América, aún más débil, enclenque y oscura en 1810 que en 1963, resistió la experiencia de la república, y la Francia resplandeciente de la Enciclopedia y los Derechos del Hombre no pudo con ella. Hoy mismo, aquí, estamos en la quinta república. Bolívar, en Jamaica, derrotado por la superioridad militar de los españoles, miraba al futuro no tendiendo la vista hacia un claro horizonte lejano —claro, entonces no había nada—, sino mirando por dentro los abismos de sus propias dudas. ¿Qué pensaba el Libertador, de las posibilidades de gobiernos representativos y democráticos en nuestra América. A ratos, lo peor. Su capacidad crítica se detenía frente a esa muralla de interrogantes y problemas que su honradez intelectual y su franqueza no le permitían ni ignorar ni callar. Lo único legítimo entonces era la duda, y lo que resulta fabuloso, como aventura humana, es decidirse en forma heroica a imponer la afirmación brutal de la independencia contra lo que parecía la ley de la naturaleza. Pero esa era su fórmula de lucha, y su discurso sobre el método. Eso sí que de veras puede llamarse un ensayo de carne y hueso. Un ensayo que literariamente toma su expresión en la famosa carta de Jamaica, o en el manifiesto de Cartagena, o en el discurso de Angostura, los tres grandes escritos de Bolívar.

En el proceso de la independencia, en la creación de las

repúblicas, a todo lo largo de la América española, y en forma agudísima que no se conoció ni en el Brasil, ni en los Estados Unidos, ni en el Canadá, todo es discutible y todo es incierto y en todo hay incitaciones constantes a la reflexión y al debate. No se sabe si echar por el camino inédito de las democracias representativas o por el trillado y secular de las monarquías. No se sabe si adoptar la fórmula federal de los Estados Unidos o incorporar a la teoría republicana algo del poder centralizado de los sistemas europeos. No se sabe qué hacer con la Iglesia en naciones católicas, apostólicas, romanas, pero en donde la jerarquía se había levantado muchas veces contra los republicanos hasta el extremo de que los padres de la independencia mexicana, los curas Hidalgo y Morelos, habían pasado al otro mundo condenados por la Inquisición. No sabe qué hacer con esos militares que nacieron en las luchas de la revolución, que fueron los héroes de las victorias y que al llegar a la plaza tranquila de la república siguen a caballo poniendo en tela de juicio los derechos civiles, el imperio de la ley.

Una vez más se presenta en la literatura americana el conflicto entre la biografía y el ensayo. Y triunfa el ensayo. No queda entre los libros escritos en el nacimiento de las repúblicas una gran biografía de Bolívar, de Santander, de Artigas, de San Martín, de O'Higgins, de Hidalgo... Pero se multiplican ensayos sobre las ideas políticas. La selva de los problemas se devora a los hombres. Hay más que decir sobre Montesquieu o sobre el *Contrato Social*, sobre las ideas de Filadelfia o sobre los Derechos del Hombre, que sobre la vida de uno de los generales, así haya un libertador que supere las dimensiones de un héroe legendario. Nuestra América, con la independencia, no viene sino a acentuar su calidad de mundo de contradicciones y problemas. A veces se nos antoja un mundo demasiado intelectual, aun dentro de la barbarie casi primitiva de nuestros choques bélicos. Pero, no puede ser de otra manera. En la América del Norte se avanzaba por el progresivo camino abierto de una evolución democrática que venía de la tranquila instalación de los puritanos en la Nueva Inglaterra, y nosotros éramos la revolución hecha tragedia, negábamos con dialéctica violencia la rígida autoridad real en que nos habíamos educado y que nos había dominado por tres siglos, buscábamos salidas por caminos oscuros y azarosos hacia cielos abiertos que apenas eran como un producto de nuestra imaginación. También se ha encontrado que nosotros nos hemos movido con un exceso de imaginación, pero en realidad si no hubiese sido por esa imaginación habríamos tenido que volvernos des-

de las primeras jornadas y abandonar nuestra independencia, producto de la imaginación romántica, hija natural de la loca de la casa.

No hay que olvidar que los comuneros del Paraguay planteaban los problemas de los derechos del pueblo antes que Rousseau escribiese el *Contrato*, y que Rousseau era objeto de estudios en México cuando sus libros estaban en Francia con la tinta fresca. Que Mariano Moreno tradujo el *Contrato* y lo prologó como introducción a la independencia argentina. Coincidencia fortuita: Moreno editó el libro en la "Imprenta de los niños expósitos" . . .

El adoptar la fórmula republicana no fue asunto en que todos se pusieran de acuerdo en un momento. En México, Iturbide se proclamó emperador, y luego hubo un partido reaccionario que encargó emperador a Europa; así se consiguió a Maximiliano. Más tarde tuvimos en la América indoespañola el ejemplo del imperio del Brasil. En el séquito de Bolívar, como en el de San Martín, abundaban los monárquicos. Flores pensó en una especie de reconquista española para el Ecuador, y García Moreno quiso ponerlo bajo la protección de Napoleón III. Por razones que acabaron por poner en claro los teóricos de la época, se llegó a la república. Pero, ¿qué república? El debate entre federalistas y centralistas o unitarios llena las gacetas y alcanza a los libros. En términos criollos, acabará por ser un debate entre los caudillos bárbaros y la ley civil. La lucha llega a tales extremos que nos parece que la historia pasa a ser un género demasiado académico y clásico para recoger escenas tan violentas como las que cubren de sangre, lágrimas y lodo las jornadas trágicas de algunas repúblicas. Es más fácil pintar estas cosas en novelas que en textos ceñidos a la prueba documental. Se ve más claramente la época de Rosas a través de las páginas de *El Matadero* de Echeverría o de la *Amalia* de Mármol, que en los libros de historia argentina. Mejor dicho: la historia está en *El Matadero* y en *Amalia*. Y, sin embargo, aun sobre la novela surge el ensayo. *Amalia* pasa, *El Matadero* se reduce a un episodio, y en cambio el ensayo de Sarmiento *Civilización o Barbarie* sigue siendo el libro clave que todos seguimos leyendo y que permanecerá como la grande obra de la época. Aún el romanticismo como herramienta, como método, como punto de encuentro entre los hombres de la época, está más vivo que en los romances en la polémica que envuelve en Chile a Andrés Bello, a Sarmiento, a Jotaveche. Ese diálogo polémico es la gran novela y es la vida. Es una discusión que se desenvuelve al margen de la dictadura de la mazorca y

las enemas de ají, cuando alcanzan a oírse en Santiago de Chile las pisadas de los caballos que llevan a galope el coche en que Facundo Quiroga va a la muerte.

El mismo Echeverría, poeta y novelista, se encuentra más a sus anchas en el ensayo que en su poema *La Cautiva*, que en el relato anecdótico o que en el poema lírico, y así escribe el *Dogma Socialista*, libro mucho más importante y fundamental. En medio del forcejeo revolucionario que en todo el siglo XIX conmueve a la antigua América española, la urgencia de hallar alguna solución estructural hace que la lucha por los cambios de constituciones venga a convertirse en el gran ejercicio de la inteligencia para aquellas generaciones batalladoras. En algunos casos, el debate logra producir ensayos magistrales. Las *Bases* de Alberdi, para la Argentina, escritas como fundamento de la constitución que va a darse el país a la caída de Rosas, son un ensayo en que queda concentrada la más razonable y clara exposición de aquellos tiempos. Cuando Alberdi se refiere a los errores de la Constitución argentina de 1826, mide así el problema de la originalidad en las nuevas repúblicas: "El congreso hizo mal en no aspirar a la originalidad. La Constitución que no es original es mala, porque debiendo ser la expresión de una combinación especial de hechos, de hombres y de cosas, debe ofrecer esencialmente la originalidad que afecta esa combinación en el país que ha de constituirse. Lejos de ser extravagante la constitución argentina que se desemejare de aquellas de los países más libres y más civilizados (como decía el aludido informe), habría la mayor extravagancia en pretender regir una población malísimamente preparada para cualquier gobierno constitucional por el sistema que prevalece en los Estados Unidos o en Inglaterra...".

Este problema de la originalidad no se suscita por un vano deseo de singularidad: se impone por razón de circunstancias. Era tan vivo ya en Bolívar como lo fue luego en Alberdi. Dirigiéndose a los constituyentes de Angostura en 1819, el venezolano estaba como respondiendo por anticipado a los argentino del año 26 con estas palabras que coinciden admirablemente con las de *Las Bases*: "Debo decir que ni remotamente ha entrado en mí la idea de asimilar la situación y naturaleza de Estados tan distintos como el inglés americano y el español americano. ¿No sería muy difícil aplicar a España el Código de Libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las Leyes del Norte de América. ¿No dice el *Espíritu de las leyes* que éstas deben ser propias para el

Pueblo que se hacen?, ¿que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos?, ¿referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de sus habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington”.

El mismo problema se lo plantea Bello cuando echa las bases de la Universidad de América, al inaugurar la de Chile, años después de Bolívar y de Alberdi. En el discurso de 1843 decía: “La universidad estudiará las especialidades de la sociedad chilena desde el punto de vista económico. . . Examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en este como en los otros ramos, el programa de la universidad es enteramente chileno; si toma prestadas a Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria. . . La medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos. . .”. Y cinco años después en su informe sobre el plan de estudios, insistía; “¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? Si así lo hiciésemos, seríamos infieles al espíritu de esa misma ciencia europea, y le tributaríamos un culto supersticioso, que ella misma condena. . . Pocas ciencias hay que, para enseñarse de un modo conveniente, no necesiten adaptarse a nosotros, a nuestra naturaleza física, a nuestras circunstancias sociales. ¿Buscaremos la higiene y la patología del hombre chileno en los libros europeos, y no estudiaremos hasta qué punto es modificada la organización del cuerpo humano por los accidentes del clima de Chile y de las costumbres chilenas? Un estudio tan necesario ¿podrá hacerse en otra parte, que en Chile?”.

A partir de la independencia ocurre en América un fenómeno social único en la historia del mundo contemporáneo. Las tres razas y todos sus matices entran a formar el cuerpo de las nuevas repúblicas sobre un plan democrático, al menos teóricamente. El inca Garcilaso fue un poco ciudadano de dos mundos. Lo era de los incas por su tradición

y su sangre principesca, y de los españoles por idénticas razones. Pero como inca ya era sospechoso, porque después de todo era el hijo del capitán Garcilaso de la Vega, y como español era sospechoso por ser el hijo de la india peruana. Era acomplejado con complejos que le hicieron crecer las experiencias en sus dos mundos, y sólo le salvó una genial capacidad para moverse dentro de un tercer mundo, el de las letras, que en cierto modo era ideal para las evasiones. Pero, con la independencia, los indios dejan de ser los tributarios del encomendero, ya no son los siervos de la mita, y caminan hacia su propia liberación. Para los negros viene la liberación de la esclavitud. Los propios españoles se libran de los españoles europeos. De entonces a esta parte el problema de las razas crece aquí dentro de una escala que jamás ha conocido Europa ni ningún otro continente, y así, para nosotros no se detiene en notas pintorescas de color: penetra en la raíz de nuestra formación democrática. Más aún: viene la segunda ola, aún más caudalosa, de la inmigración, y año tras año, sobre todo a fines del siglo XIX, varios cientos de miles de italianos, de polacos, de sirios, de franceses, de ucranianos, de alemanes, de españoles, llegan a Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, La Habana, San Pablo. . . Sarmiento escribe *Conflictos y armonías de las razas en América*, Carlos Octavio Bunge *Nuestra América*, Alcides Arguedas *Pueblo Enfermo*, José Vasconcelos *La Raza cósmica*, Fernando Ortiz una colección de obras sobre el fenómeno afrocubano, y todo esto sin contar la vasta producción de los sociólogos del Brasil.

La filosofía de la historia preparada por los europeos —así la formulan Kant, Hégel, Marx, Spengler o Toynbee— se quiebra al llegar al suelo de nuestra América. De suyo el problema del mestizaje, de los caudillos, de las vacilaciones democráticas, de la convivencia en la misma casa grande del compadre rico y el compadre pobre, de los americanos del norte y los americanos del sur, el bombardeo constante de filosofías extrañas desde los tiempos de la Enciclopedia hasta los tiempos del comunismo, la persistencia con que han querido infiltrarse dentro de nuestros ambientes políticos el nazismo, el fascismo, el falangismo español, el corporativismo portugués, el comunismo ruso, el comunismo chino, la dificultad de los viejos imperios europeos por retirarse del suelo americano, la penetración del capitalismo norteamericano, la amenaza de la reconquista española, la invasión francesa en México, los cobros de las deudas que hacían las potencias europeas con escuadras de guerra, la teoría y la práctica del destino manifiesto de Estados Uni-

dos... crearon circunstancias, y las siguen creando, dentro de nuestra América, que sólo nosotros podríamos interpretar. Pero, sobre todo, crean problemas.

Durante el siglo XIX influyeron mucho en nuestra literatura el nuevo romanticismo de Víctor Hugo y otras escuelas literarias, pero más que estos impulsos en el campo de la ficción, nos movió el positivismo. Nuestros hombres de letras han sido más que literatos, intelectuales. Es notable que se hable más en Colombia de la *Reforma Política* de Rafael Núñez, que de *María* de Jorge Isaacs, que Lastarria ocupe en Chile tanto puesto como Blest Gana, que el *Cesarismo democrático* de Vallenilla Lanza sea mejor conocido que *Sangre Patricia* de Díaz Rodríguez. *Ariel* es un ensayo que se ha leído más que cualquier novela. Alfonso Reyes es un nombre de ensayista conocido en América como se conocen en Europa los nombres de los novelistas. Y aún la novela misma, entre nosotros, suele ser un ensayo disimulado. Así todas las del aprismo, a partir de *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, y las de indios y cholos del Ecuador, con Jorge Icaza a la cabeza. Nuestra América sigue siendo un problema, y no es posible para nosotros escapar a sus tentaciones y desafíos.

Aquí en París, un mexicano como Gabino Barreda vino en los tiempos que eran de Víctor Hugo y de Augusto Comte, y a México, volvió con los libros de este último. Y de su escuela salieron los científicos a dominar en las esferas del gobierno. Y cuando Justo Sierra, hijo de aquellas inquietudes, escribía historia, la historia no era sino un ensayo mexicano salido del crisol positivista, como lo imaginaría don Andrés Bello: aprovechando las herramientas europeas sólo como herramientas para entender la vida de un indio como Benito Juárez.

Hoy mismo se nos está creando una nueva circunstancia histórica que implica para nuestra América nuevas perspectivas, con la nueva África que se está modelando para destruir las bases de nuestra economía y ofrecer este nuevo conflicto a las próximas generaciones, si no ya a la nuestra propia. Carlos Dávila veía esto en un libro de hace veinte años, y nosotros nos encontramos ya ante hechos consumados que desajustan nuestras bases económicas. ¿Cómo, frente a circunstancias semejantes, quedarse haciendo versos, vivir en fantasía?

Estas reflexiones explican por qué *Cuadernos*, bajo la dirección de Julián Gorkin, decidió abrir un concurso para provocar la aparición de los nuevos ensayistas de América Latina. O para registrar en una forma más universal lo que

son las inquietudes de las nuevas generaciones y oír lo que ellas se comunican en círculos más íntimos. El simple anuncio del concurso movió a más de cuarenta concursantes a enviarnos sus trabajos, y los dos que han recibido el premio del jurado representan casualmente los dos extremos de nuestra América: la Argentina y México. Carlos Alberto Floria, es un producto selecto de la nueva promoción que en las orillas del Plata salta por encima de las vacilaciones y las dudas con una fe segura en principios espirituales que él defiende con inteligencia, con pulcritud y con estilo limpio. Salvador Cruz sale de la entraña de México, de la provincia que fue la que antevió la independencia, y lleva esa carga de hondo recogimiento humano que mira con amor las intimidades de una historia portentosa como es la de su tierra, donde cada era se cuenta por varios siglos. La suerte ha querido así traernos en dos mensajes distantes una común preocupación por las cosas de América. Floria y Cruz pertenecen a una generación ya alejada de la nuestra, y ellos, descorriendo el velo de las nuevas preocupaciones, pueden llevarnos de la mano a una aproximación más justa de lo que piensa el nuevo hombre americano. Yo he leído, como miembro del jurado que adjudicó los premios, sus trabajos; y los he leído con provecho, con placer y con esperanza, porque en un momento en que saltan más a la vista los desórdenes y la anarquía, la aproximación colonial a ideas dominantes de fuera y la entrega de muchos espíritus, conforta el ver surgir otros espíritus libres, que pueden ser adalides, como lo fueron los primeros ensayistas desde los tiempos en que se discutía en el siglo XVI si el americano tenía alma o era un simple animal.

TOMO V:

41. José Figueres, LA AMERICA DE HOY. 42. Juan Bautista Alberdi, SOBRE LA CONVENIENCIA DE UN CONGRESO GENERAL AMERICANO. 43. Guillermo Francovich, SOBRE EL PORVENIR DE LA CULTURA BOLIVIANA. 44. Diego Portales, CARTAS SOBRE CHILE. 45. Frank Tannenbaum, ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA. 46. Alcides Arguedas, PUEBLO ENFERMO (fragmento). 47. Harold Eugene Davis, LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN LATINOAMERICA. 48. Samuel Ramos, EL PERFIL DEL HOMBRE Y LA CULTURA EN MEXICO (fragmento). 49. Diego Domínguez Caballero, MOTIVO Y SENTIDO DE UNA INVESTIGACION DE LO PANAMEÑO. 50. César Zumeta, EL CONTINENTE ENFERMO.

TOMO VI:

51. George Robert Coulthard, PARALELISMO Y DIVERGENCIAS ENTRE INDIGENAS Y NEGRITUD. 52. Benito Juárez, CARTAS.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.